

Mi Experiencia Electoral

Como millones de ciudadanos, el primer domingo de julio me presenté en la casilla electoral que me correspondía y fui a ejercer mi derecho a votar. Nunca y menos ahora me pareció la experiencia desdeñable. Estar de pie en la fila durante un poco menos de una hora permite, escuchando y observando de cerca a ciudadanos animados por la fiesta electoral, leer pensamientos y extraer conclusiones. El fenómeno es interesante porque aunque con lo que nos topamos es con una mezcla formidable de personas con orígenes, intereses, objetivos, etc., diferentes si no es que divergentes, lo que de todos modos allí se manifiesta es lo que podríamos llamar “el pueblo”. Aunque sea por un momento, inevitablemente todos tenemos la sensación de que valemos lo mismo, de que somos iguales. Se trata, desde luego, de un fenómeno etéreo y pasajero, pero no por ello irreal o ficticio. Sin embargo, lo más interesante es quizá lo que las cándidas expresiones faciales de los votantes, sin percatarse de ello o inclusive sin desearlo, expresan. Se trata de gente que, por lo menos en ese momento, no tiene segundos, terceros o cuartos pensamientos. Hasta inspiran ternura por su espontaneidad e ingenuidad. ¿Qué se dejaba percibir en los rostros de tan variados individuos? Yo creo que algo no muy difícil de discernir. Estaba sin duda presente, para empezar, un elemento de alegría silenciosa por poder al fin (aunque sea a sabiendas de que se trata de la única oportunidad real en seis años) expresarse legalmente, porque se tiene la oportunidad de aprovechar que se está bajo el amparo de la ley para poder con todo derecho poner en boletas lo que desde hace años se lleva en el corazón o en las vísceras, según la metáfora que se prefiera, a saber, un patente sentimiento de repudio de lo que hay y de oposición a mucho de lo que desvergonzadamente se nos propone como planes de gobierno. En segundo lugar, era también factible captar en los ojos de mucha gente un cierto halo de esperanza, esto es, la hasta un tanto infantil ilusión de que esta vez sí, dada la complejidad del proceso, la presencia de observadores internacionales, el movimiento juvenil, las promesas de los candidatos, la cobertura de “los medios”, etc., las instituciones encargadas de vigilar y sancionar el proceso electoral no tendrían otra opción que reconocer la voluntad popular. No faltan desde luego las comadres parlanchinas, las miradas hoscas y de desconfianza. Todo ello es, empero, comprensible. En realidad, es imposible no tener la sensación de que todos saben que llevan un secreto, una verdad subjetiva interna que quisieran poder revelar a gritos pero que no hacen para precisamente no echar a perder la única oportunidad que, por así decirlo, nos cae del cielo para modificar por las buenas, por la vía de la razón y del derecho la situación prevaleciente, para que no recaiga sobre uno la culpa de que la casilla se cierre y frustremos lo que una inmensa mayoría siente que ya tiene al alcance de la mano y que imagina que puede obtener por la senda pacífica de la legalidad. Es de eso de lo que habla Rousseau cuando alude a la “voluntad general” y pocas cosas hay, pienso yo, tan respetables intrínsecamente como ella.

Sin embargo, hay un factor actuante en todo este proceso que el pueblo no parece tomar en cuenta, una fuerza que una y otra vez hace su aparición y que termina por doblegar la voluntad popular. Ese factor, típicamente mexicano, es el PRI. ¿Por qué, tenemos que preguntarnos, siempre que se produce un conflicto entre la voluntad popular y la voluntad priista prevalece esta última? Una respuesta parcial es que ello se explica por los rasgos definitorios de cada uno de los elementos involucrados. Veamos esto rápidamente.

Cuando hablo del pueblo me refiero sobre todo al hombre del trabajo cotidiano mal remunerado, al sujeto que espera el autobús bajo la lluvia, al que come sus carnitas y sus garnachas de pie en las esquinas, a quien vestido con su modesto traje raído saca de todos modos adelante el trabajo burocrático en las oficinas, en las dependencias, en las pequeñas empresas en donde cobra su casi miserable sueldo, el que disfruta las playas que el gobierno del Distrito Federal le proporciona o la fabulosa pista de hielo del zócalo decembrino, ese individuo que con su trabajo, sus multas, sus impuestos, su esfuerzo permanente mantiene a la sociedad, esto es, al estado, a sus instituciones, a sus clases sociales. Ese conglomerado de individuos que llamamos ‘pueblo’ es ciertamente caótico, indolente, imperfecto, pasivo, sufrido, etc., pero es lo que constituye el fin último de la vida y la actividad sociales. Es para la población en su conjunto, de la cual emanamos, que se trabaja y se vive. Ahora bien, ese pueblo es, entre otras cosas, ingenuo, está desprotegido, carece de conciencia política. Y ¿con quién tiene que lidiar sobre todo en ocasiones especiales como la que representan las elecciones generales? Con el otro factor del binomio aquí considerado, a saber, el PRI. Necesitamos preguntarnos entonces qué es el PRI.

Como todos sabemos, la naturaleza de los objetos depende de las definiciones que se ofrezcan, del modo como los caractericemos y describamos. Por ejemplo, para un biólogo un perro es un animal con tales y cuales cromosomas, pero para un entrenador de perros es un animal con tales y cuales rasgos de conducta, aspecto físico, dientes, etc.; para un pintor es un objeto de observación, de formas y colores, y para un abogado es un objeto de posesión. Qué sea el perro, por lo tanto, dependerá desde qué perspectiva y con qué objetivos en mente lo contemplemos. Lo mismo pasa con el PRI. Para ciertos efectos, es decir, desde ciertas perspectivas, el PRI puede ser caracterizado como un organismo político, como un club de amigos, como una aglomeración de pequeños partidos, como un catalizador social, etc. Ahora bien, desde la perspectiva que aquí nos incumbe, esto es, de su rol social y su posicionamiento *vis à vis* el pueblo, el PRI es otra cosa. Es sobre eso sobre lo que hay que pronunciarse.

Para empezar, el PRI es la fuerza opositora de la voluntad popular. Los intereses de los dos factores aquí considerados, esto es, pueblo y PRI, simplemente no coinciden. El PRI, por consiguiente, tiene que estar conformado de cierta manera y orientado siempre en una dirección particular. ¿Cómo funciona el PRI y en qué

dirección se mueve sistemáticamente? Tal como entiendo la oposición entre pueblo y PRI, me parece que podemos decir lo siguiente:

en México hay dos grandes universidades del delito: los CERESOS y el PRI. Desentendámonos de los primeros y concentrémonos en el segundo. Lo que afirmo es muy fácil de entender. Si, por ejemplo, una persona, porque creció en un medio especial, porque recibió una estupenda educación, etc., no sabe mentir y quiere aprender a hacerlo, no tiene más que inscribirse en ese instituto político. Si, por ejemplo, alguien no es lo suficiente cara dura como para ponerse cínicamente a defender a un bandolero (digamos, a un gobernador ratero), que se una al PRI y allí aprenderá a hacerlo y a hacerlo bien. Si alguien, por deficiencias propias o heredadas, no sabe “hacer negocios”, entrar en contubernios, si no tiene imaginación para los chanchullos, si no sabe triunfar sin engañar y sin hacer trampa, si no se le ocurren estratagemas para llevarse lo que no es de él y así indefinidamente, lo que se le debe recetar es que se apunte como un miembro más de ese “partido” político. Si alguien tiene escrúpulos, si se auto-fija límites para su acción, si acepta la idea de que no todo está permitido y esa persona por alguna razón quiere transformarse, actualizarse, “renovarse”, que se inscriba en el PRI y cuando menos se lo espere estará haciendo de manera natural todo aquello que antes repudiaba y que le parecía abominable. Por ello, no es descabellado sostener que el PRI es un club político de bandoleros selectos en connivencia y digo ‘selectos’ porque después de todo no cualquiera puede entrar a formar parte de dicho club. El aspirante tiene que mostrar que está capacitado para ello, que tiene alcances y visión para hacer el mal: tiene que convencer a sus pares de que es capaz de apropiarse del dinero del erario, que sabe vender al mejor postor los bienes de la nación, que sabe cómo usar la ley para salir impune ante cualquier acusación de fraude o de timo o de crímenes peores aun, que como Ave Fenix de la corrupción sabe resurgir de algún malhadado fracaso que hubiera padecido, etc. Básicamente y, una vez más, desde la perspectiva que nos interesa, eso y no otra cosa es el PRI. Que no nos quepa la menor duda: el PRI es en esta sociedad mexicana actual y con este pueblo al que pertenecemos el organismo triunfador. Pero ¿triumfador frente a qué? Frente al pueblo mexicano. ¿No tiene eso a corto, mediano y largo plazo consecuencias desastrosas? Me temo que sí. ¿Por qué?

Aquí hay dos clases de consideraciones que hacer: las generales y las concernientes al evento político recién vivido. Empecemos por esto último. ¿Quién triunfó y quién perdió en estas elecciones? Perdió el ciudadano medio, el hombre que inconscientemente aspiraba a un cambio radical en la conducción de la política nacional, tanto interna como externa, el individuo que sin haberse hundido en reflexiones profundas simplemente aspiraba a un cambio sin tener que pagar el precio histórico que los cambios significativos exigen. Perdieron la buena fe, las aspiraciones por una transición tranquila, pacífica, legal, las esperanzas de que el derecho sea efectivamente operante en este país. Eso perdió. En otras palabras, perdió el pueblo de México. Pero, dadas las circunstancias y el trasfondo, dado que

es el PRI el triunfador: ¿no era todo ello más que previsible? ¿No era ingenuo hasta el cretinismo pensar que el club de bandoleros políticos que reina en este país iba a permitir que hubiera elecciones limpias, conteos garantizados, acciones ajustadas a lo que el derecho electoral prescribe? ¿Por qué los profesionales de la trampa política habrían de actuar con honestidad? ¿En qué cabeza cabe que eso era algo posible? Seamos francos: los priistas volvieron a hacer trampa, o mejor dicho hicieron muchas trampas y las hicieron relativamente bien (lógicamente no hay trampa perfecta, pero eso es un detalle que no tenemos por qué considerar). Por eso, porque sólo así saben triunfar, “ganó” el PRI estas elecciones. Lo triste es que el precio de su triunfo fue precisamente la derrota del pueblo de México.

¿Qué significa entonces el triunfo del PRI? Hay que entender que el PRI y la sociedad mexicana viven en un estado de simbiosis, es decir, se afectan mutuamente. Aquí hay que reconocer verdades lacerantes: la cultura mexicana contemporánea es cultura priista. Una buena prueba de ello es que hay cientos de miles de personas dispuestas a vender su voto por unos cuantos pesos, sin siquiera percatarse de que al convertirse en Judas políticos a quienes perjudican en primer lugar es a sus propios hijos, a sus parientes, a ellos mismos. La cultura priista es por excelencia la cultura de la corrupción. Es sólo por instinto que el pueblo se esfuerza por sacudírsela, pero como reiteradamente fracasa en ello termina por adaptarse a ella. Lo que viene ahora, que nos quede claro, es el reforzamiento sistemático de esta injusta estructura social, la planeación sexenal en serio de los grandes negocios con lo que resta de la riqueza nacional (espacio aéreo, telecomunicaciones, petróleo y electricidad, puertos y aeropuertos, minas, playas, etc.) y la imposición definitiva de la horrenda mentalidad priista en los mexicanos, convencidos ya de que sólo los tontos no hacen trampa, de que sólo los ineptos acatan las regulaciones en el ámbito que sea. Los extranjeros sin duda están de fiesta, así como múltiples comentaristas de radio y televisión, y lo peor del caso es que están plenamente justificados en ello.

Las lecciones de esta nueva derrota popular son obvias. Una primera es que así como es quizá imposible ganarle en pókar a un tahúr, así tampoco se puede derrotar con la ley en la mano a los tramposos por antonomasia. Pensar que eso es viable es francamente ridículo. Podemos augurarlo: de nada van a servir las inconformidades, los testimonios, las pruebas. No es así como se le gana a los chapuceros y mentirosos, a quienes con una sonrisa más falsa que una moneda de tres pesos tranquilamente declara ante la prensa, en contra de lo que la ley electoral estipula y el mismo día de la elección, que ya hay un triunfador, que es obviamente el abanderado del PRI. Una segunda lección es que los cambios sociales importantes, como los que le urgen a México, no se ganan o promueven en las elecciones. Como la historia lo enseña, las grandes transformaciones sociales tienen un precio y el mexicano, como en su momento el francés, el ruso o el argentino, tendrá que pagar lo que le corresponde. Hasta ahora, el pueblo ha elegido posponer esa transacción social, pero es difícil imaginar que este retraso histórico pueda

seguir perpetuándose. Por último, es intuitivamente claro que con esta nueva y deshonrosa victoria del PRI se están firmando las actas de su defunción. Esta es una típica victoria pírrica. Cuando los políticos logran que la juventud se enardezca y salga a la calle, que la abrumadora mayoría de los intelectuales y artistas rechacen sus propuestas y sus modelos de desarrollo, que las masas cándidamente se pronuncien pero también que una vez más se vean engañadas, que las instituciones sean violadas sin el menor recato, sin conciencia inclusive de lo que se está haciendo, lo que esos políticos están haciendo es simplemente cavar su tumba. Este experimento electoral fallido marca el inicio de una nueva etapa en el proceso general de descomposición del país. Evidentemente, no estamos haciendo predicciones. Nosotros no somos ni zahoríes ni adivinos ni merolicos. Lo único que hacemos es extraer conclusiones de lo que nos dice el desaliento expresado en los rostros de nuestra gente.